

PUBLICACIÓN

SEMINARIO
**¿CÓMO MEJORAR NUESTRO
SISTEMA POLÍTICO?**

DIAGNÓSTICO Y REFORMAS¹

Jennifer Pribble, Hernán Larraín Matte y Julieta Suárez-Cao².

¹ Documento elaborado en base a las exposiciones realizadas en el seminario “¿Cómo mejorar nuestro sistema político?: Diagnóstico y reformas”, organizado por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) en Chile y Espacio Público, y llevado a cabo el 29 de agosto de 2023 en las oficinas de Espacio Público. El seminario fue moderado por Sarah Herold, directora de proyectos de la Friedrich-Ebert-Stiftung en Chile, y su grabación se encuentra disponible en: <https://www.youtube.com/live/tbs4R57lKo4?feature=shared>

² **Jennifer Pribble** es Doctora en Ciencia Política en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill y profesora de Ciencia Política y Estudios Internacionales en la Universidad de Richmond (EE.UU.). Se especializa en materias de política económica comparada, incluyendo análisis de la implementación de políticas de protección social en Chile y Perú. Es autora del libro *Welfare and Party Politics in Latin America* (2013, Cambridge University Press) y de artículos publicados en revistas especializadas.

Hernán Larráin Matte es abogado de la Universidad Finis Terrae, Máster en Ciencia Política de la Universidad Católica y Máster en Políticas Públicas de la London School of Economics and Political Science (Reino Unido). Se desempeñó como miembro de la Convención Constitucional durante los años 2021 y 2022, y es fundador y Director del Proyecto Constitucional del centro de estudios Horizontal.

Julieta Suárez-Cao es Doctora en Ciencia Política de la Universidad de Northwestern (EE.UU.), profesora, Subdirectora y Jefa de Pregrado del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, directora de Espacio Público, co-coordinadora de la Red de Politólogas #NoSinMujeres y Vicepresidenta del Directorio de la Fundación Ciudadanía Inteligente. Ha coeditado un libro sobre sistemas de partidos multinivel y otro sobre mujeres y política. Su trabajo ha sido publicado en *Politics & Gender*, *Comparative Politics*, *The Bulletin of Latin American Research*, *Regional & Federal Studies*, entre otras revistas académicas.

PALABRAS DE BIENVENIDA

BENJAMÍN GARCÍA, DIRECTOR EJECUTIVO DE ESPACIO PÚBLICO³

Desde su fundación el año 2013, Espacio Público ha trabajado constantemente en proyectos e investigaciones enfocadas en mejorar el diseño y la implementación de políticas públicas basadas en evidencia, que permitan la construcción de una sociedad más justa, inclusiva, transparente y democrática.

Durante los últimos años, hemos visto cómo la ciudadanía ha demandado soluciones que respondan a sus urgencias en materia de pensiones, salud y educación, entre otras. Sin embargo, advertimos con preocupación cómo el sistema político chileno es cada vez más incapaz de responder oportunamente a las demandas ciudadanas. El aumento del número de partidos políticos, la fragmentación excesiva del Congreso Nacional y la expansión de conductas de indisciplina partidaria hacen cada vez más difícil la obtención de acuerdos parlamentarios y desincentiva la colaboración entre el Legislativo y el Ejecutivo. Así, el sistema político se encuentra frecuentemente bloqueado y sin capacidad de respuesta, agravando la desafección ciudadana y el desprestigio de los partidos políticos.

En este sentido, desde Espacio Público observamos con atención las distintas conversaciones que se han generado los últimos años en torno a la situación de nuestro sistema político y sus posibles reformas. Hemos propuesto reformas al sistema electoral⁴ y a las normas de funcionamiento de los partidos políticos⁵, que buscan hacerse cargo de las falencias del sistema actual, permitiendo una adecuada representación de la ciudadanía y generando incentivos para la conexión entre representantes y representados.

El proceso constituyente actualmente en curso se nos presenta como una nueva oportunidad para repensar nuestro sistema político y acordar vías de solución. Aunque no todo el diseño del sistema electoral debe incluirse en el nuevo texto constitucional, es fundamental que sus principios orientadores sean parte de la discusión. Éstos deben orientarse a superar las falencias del diseño actual, buscando un sistema que permita una adecuada representación de la ciudadanía al tiempo que otorgue mejores niveles de gobernabilidad.

Es en este contexto que tengo el privilegio de dar la bienvenida a este seminario organizado junto a la Friedrich-Ebert-Stiftung en Chile. Hoy nos acompañan excelentes expositoras y expositores, todos expertos en la materia que nos convoca, con distintas experiencias académicas y políticas, y pertenecientes a distintas tradiciones de pensamiento. Esperamos que este seminario sea una oportunidad para contribuir a la discusión sobre nuestro sistema político, con el objetivo avanzar hacia la construcción de reformas sustentadas en acuerdos transversales y que puedan ser implementadas con la celeridad necesaria.

³ Benjamín García es abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Leyes (LLM) en Teoría Legal de la London School of Economics and Political Science (Reino Unido). Desde octubre de 2023 es director ejecutivo de Espacio Público.

⁴ Ortiz, Sajuria Garcés, Suárez-Cao y Undurraga (2021).

⁵ García-Huidobro y Sierra (2022).

CÄCILIE SCHILDBERG, DIRECTORA DE LA FRIEDRICH-EBERT-STIFTUNG (FES) EN CHILE⁶

En nombre de la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) en Chile, quisiera darles la bienvenida a todas y todos ustedes, y aprovechar esta oportunidad para agradecer a Espacio Público por su excelente colaboración.

Por mi parte represento en esta ocasión a la fundación política alemana más antigua, que desde sus inicios se ha comprometido con los valores de la democracia social. El tema del sistema político siempre ha sido fundamental para nosotros y continúa siéndolo. Al fin y al cabo, es el sistema político el que, en última instancia, determina las reglas del debate y la participación democrática; y, en el peor de los casos, limita las posibilidades de diseño político. Por tanto, es decisivo para el funcionamiento del Estado y su percepción por parte de los ciudadanos.

FES lleva 56 años acompañando al debate político y a la democratización en Chile y, tal como se señaló previamente, actualmente estamos viviendo un momento político crucial. Hace años se discute, por una parte, sobre la crisis del sistema político chileno, y por otra, acerca de los escándalos de financiamiento ilegal en la política, los sobresueldos, hasta llegar, finalmente, a una suma de diversos hechos de corrupción por parte de miembros de partidos de todos los espectros políticos. Este panorama, entre otros factores, ha perjudicado la antigua idea respecto a la estabilidad de Chile y su política, creencia que hoy forma parte del pasado y refleja, a su vez, una baja identificación con posiciones políticas que se ha ido asentando en la población. De acuerdo a la encuesta CEP, en 1995, un 64% de los chilenos se identificaba con alguna posición política; en contraste, en 2019, previo al estallido social, solo un 38% de la población se reconocía en alguna posición política. Paralelo a esto, en muchas encuestas se puede apreciar que el Congreso Nacional es una de las instituciones con más baja aprobación por parte de la ciudadanía⁷.

Actualmente, en Chile existen más de 20 partidos políticos legalmente constituidos y varios otros en proceso de formación. Este dato da cuenta de la intensa fragmentación que vive el sistema político y puede ser también una de las causas que nos permitiría explicar los problemas de gobernabilidad que enfrenta Chile desde hace varios años a la fecha. En otras palabras, este es un dato que podemos analizar previo al nuevo y complejo proceso constituyente que enfrenta el país, y que además se relaciona con las reformas pendientes y las elecciones regionales que se llevarán a cabo el próximo año. Existen varios hitos políticos que influyen sobre el futuro de Chile y con ellos es relevante detenernos en la pregunta por la continuidad de la polarización y la alineación social, por la desconfianza en la política y en sus representantes y si, en definitiva, será posible aumentar la confianza en la capacidad de la política para actuar y resolver los problemas de la gente.

El asunto relacionado con la mejora del sistema político, no por sí mismo, sino que siempre y únicamente en función de sus ciudadanos, parece ser el de mayor urgencia. Por esto, nos complace tanto que todos y todas participen hoy en el debate para que, de esta forma, podamos generar en conjunto una serie de nuevas percepciones e ideas sobre los modos que nos permitan establecer y orientar los pasos que necesitamos en la labor de mejorar el sistema político actual en Chile.

⁶ Cäcilie Schildberg es Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Dortmund y representante de la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) en Chile.

⁷ Véase: Centro de Estudios Públicos (1995-2023).

EXPOSICIONES

REFORMAR LAS POLÍTICAS SOCIALES: EL PAPEL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

JENNIFER PRIBBLE

Me enfocaré en el tema de las políticas sociales y en los elementos que facilitan las reformas político-sociales que nos conducen al concepto denominado “universalismo”. Creo que las políticas sociales son las áreas clave para empezar a responder a las demandas sociales que surgen en contextos de la politización de la desigualdad. ¿Qué quiero decir con esto último? Sabemos que, antes del estallido social, la desigualdad de ingresos en Chile iba a la baja. Sin embargo, al mismo tiempo aumentaba la sensación en la población de que existía una distribución injusta y, por lo tanto, había que hacer algo al respecto.

Podemos inferir entonces que la percepción de la desigualdad no sólo depende de los datos empíricos acerca del nivel de desigualdad existente en la sociedad. Es relevante que comprendamos la importancia del grado de politización de la desigualdad y su efecto respecto a las demandas sociales. En realidad, ¿cómo se podía explicar que, al mismo tiempo que baja la desigualdad, aumenten las demandas y preocupaciones sociales? Yo creo que hay muchos elementos que nos responden esta pregunta.

En primer término, es importante analizar la primera década del siglo XXI, a lo largo de toda América Latina. Se trata de una década de expansión social y de implementación de políticas sociales en casi todos los países de la región. Sin embargo, fue una expansión que se dio de manera segmentada. Esto quiere decir que, aunque hubo un aumento de la cobertura de las políticas sociales y del gasto social, no se quebró la estructura de dichas políticas. Éstas continuaron generando las mismas segmentaciones y desigualdades que en los años anteriores, al tiempo que la expansión del gasto fiscal fomentó el surgimiento de nuevas expectativas y demandas.

Mi propuesta es que una manera de quebrar la estructura habitual de las políticas sociales y de responder mejor a las demandas sociales es el reforzamiento de la idea del “universalismo”. ¿A qué aludo con esto? El universalismo es un sistema de protección que ofrece un conjunto de servicios y transferencias que garantiza cobertura para un conjunto de servicios esenciales, manteniendo un ingreso básico para todos. Estos servicios se ofrecen como un derecho de la ciudadanía y sólo existen diferencias menores en los beneficios que reciben los distintos sectores de la sociedad. Chile avanzó hacia un sistema más universal en la primera década de los años 2000. Se hicieron avances importantes que tuvieron impactos significativos, sin perjuicio de que no llegaron a generar un universalismo completo ni pleno. En mi libro hago una comparación entre los avances obtenidos por Chile y Uruguay, concluyendo Uruguay avanzó un poco más que Chile⁸. Esa variación entre los dos países se explica por tres variables. Atendida la temática de este seminario, me enfocaré en solo una de ellas, que creo que nos puede ayudar a pensar en el desarrollo del sistema político chileno para que responda a las demandas sociales y, al mismo tiempo, mejore la gobernabilidad y fortalezca el carácter de los partidos políticos.

⁸ Pribble (2017).

Aunque se habla mucho de la importancia de que los partidos políticos sean fuertes, normalmente falta definir qué es lo que se busca expresar con ello. Por ejemplo, el Partido Justicialista (PJ) argentino es un partido fuerte, pero es probable no sea el partido que llevará a dicho país al universalismo y al fortalecimiento de las políticas sociales. En realidad, existen dos dimensiones muy importantes que debemos considerar al momento de definir si un partido político es o no “fuerte” para empujar reformas sociales universalistas. La primera dimensión responde a la forma en que el partido se relaciona con la sociedad, lo que en inglés se denomina *linkage mechanism*. Esa relación se puede hacer en base a una llamada programática (ofreciendo programas y posiciones a los votantes), o bien, de una manera no programática. Considero que los partidos que más avanzan en asuntos de políticas sociales son los partidos programáticos. La segunda dimensión se establece a partir de la organización interna de los partidos políticos. Por un lado, hay organizaciones partidarias que tienen relaciones muy fuertes con sus bases. Éstas son planteadas en el terreno, están organizadas, tienen contactos, y realizan reuniones para reclutar candidatos y para comunicarse con la población. Por otro lado, hay partidos que presentan una organización más elitista, que tiene menos relaciones con sus bases.

Considero que los partidos con raíces fuertes y programáticas son los que tienen mayores capacidades de negociar nuevos pactos sociales y financieros que respondan a las demandas sociales y que se encaminen hacia el universalismo. En este último punto, los partidos políticos chilenos están aún en deuda. Son partidos que tienen una estructura más bien elitista y cuentan con relaciones débiles con sus bases. Incluso los nuevos partidos que han surgido en los últimos diez o quince años, siguen una estructura similar y presentan iguales debilidades. En definitiva, generan problemas para negociar, involucrar y generar reformas de políticas sociales capaces de satisfacer a la sociedad.

Sabemos que Chile está en un momento crucial, en el que existen diversas demandas que buscan renovar las políticas sociales y las políticas en general, con nuevos actores y partidos políticos. Entonces, estamos enfrentando una posibilidad de transformación importante y me parece relevante enfocarnos en las áreas en las cuales Chile podría mejorar y hacer reformas para generar un sistema político más fuerte. Sin embargo, antes quisiera destacar algunos elementos que caracterizan a Chile y que van en directa ayuda de un proceso de creación de políticas sociales más cercanas a las universales. En primer lugar, comparado con la región de América Latina, Chile tiene una fuerte capacidad estatal, además de un espacio fiscal mayor al de muchos otros países de la región. Además, aunque su institucionalidad esté siendo cuestionada y tenga problemas, sigue siendo bastante fuerte en comparación con la región. Las investigaciones en políticas sociales nos demuestran lo cruciales que son estos elementos al momento de crear estados de bienestar universal, siguiendo el estilo del norte de Europa. En resumen, es un gran avance que Chile ya cuente con estos elementos. En cuanto a los legados políticos presentes en Chile, la situación continúa siendo ambigua. Creo que existen elementos que generan posibilidades para reformas, y otros que responden a intereses privados (como las AFP o Isapres) que limitan los cambios. Aun así, donde hay que enfocar el mayor esfuerzo es en la construcción de partidos políticos más fuertes.

Seguramente mis colegas van a abordar el asunto de la fragmentación política. Yo me he enfocado principalmente en las organizaciones partidarias, pues creo que ahí es donde las élites políticas y la sociedad tienen trabajo pendiente. Es necesario que se enfoquen en la construcción de organizaciones que tengan raíces y presencia en la sociedad, con capacidad de reclutar candidatos, y de escuchar y responder a las demandas ciudadanas. Quienes trabajamos en políticas sociales sabemos que una cosa es el diseño de las políticas públicas, mientras que otro es el proceso de adopción de dichas políticas. En efecto, los aspectos técnicos de una política pública pueden ser

perfectos, pero si la gente no se siente parte del proceso de creación de la misma, ésta probablemente no será popular. En ese proceso, los partidos políticos con raíces fuertes en la sociedad pueden ser de gran ayuda, aunque es difícil construirlos dentro una sociedad muy fragmentada y sin una organización clara. Me parece que desde la sociedad se puede apoyar este proceso mediante la organización de movimientos sociales y la construcción de puentes hacia el mundo político y sus partidos.

LA CRISIS DEL SISTEMA POLÍTICO CHILENO: UN DIAGNÓSTICO BASADO EN DATOS

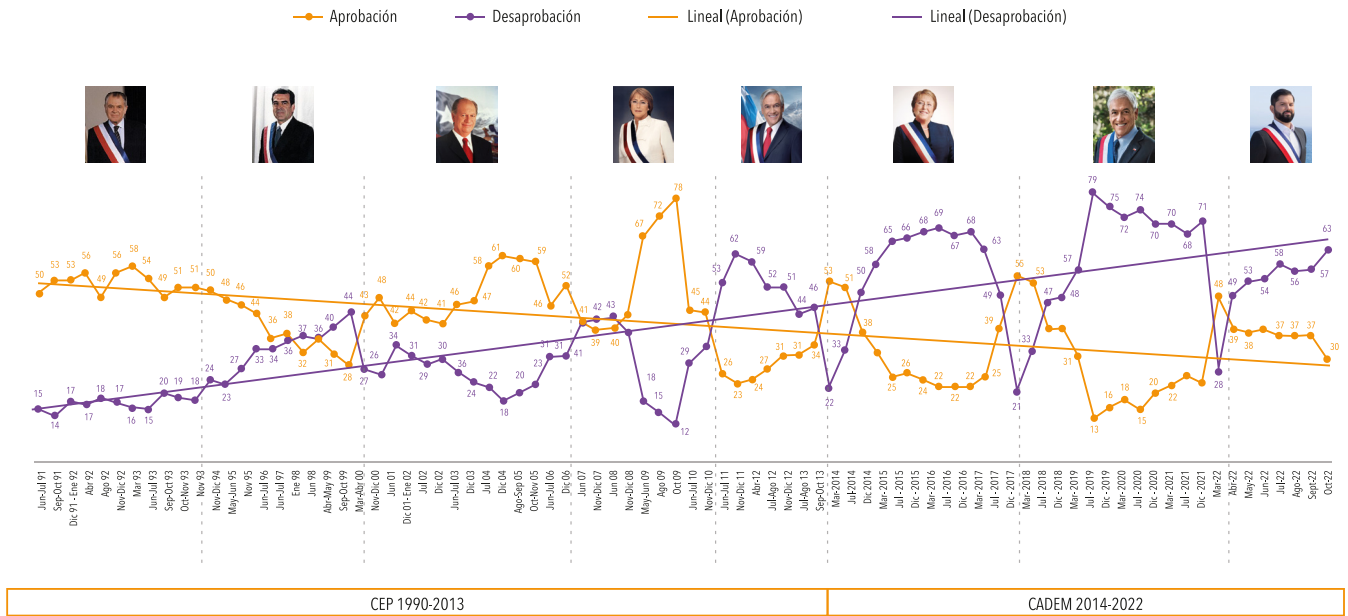
HERNÁN LARRAÍN MATTE

Referirme al diagnóstico del sistema político y a las propuestas para reformarlo resulta un acto ambicioso. Este es, obviamente, un tema muy complejo y grande, así que con ayuda de algunos datos buscaré contribuir a enmarcar esta conversación. En primer lugar, quiero señalar que lo que les voy a presentar es producto de una larga investigación y de muchas conversaciones. En estricto rigor, esto es bastante más que una propuesta del centro de estudios Horizontal, ya que lo hemos trabajado en múltiples ámbitos – en la academia, centros de estudio y partidos políticos – en los cuales he buscado generar una convergencia sobre distintos debates.

¿Por qué nuestro sistema político está en crisis? En primer lugar, hay que observar el funcionamiento que ha ido adoptando el sistema presidencial chileno, que durante los últimos años ha presenciado un debilitamiento de la figura del presidente y su capital político, independiente del sector al que pertenezca. Si miramos el periodo transcurrido entre los gobiernos de los presidentes Aylwin y Boric, y analizamos la aprobación y desaprobación promedio de los distintos presidentes, encontramos que la aprobación va a la baja a lo largo del tiempo (Figura 1). Asimismo, podemos comprobar que las “lunas de miel” son más cortas y, por ende, el cortoplacismo de la ciudadanía es mucho más exigente. Por lo tanto, la capacidad de conducir al país en medio de estas condiciones de debilidad resulta cada vez más difícil. Por otro lado, aunque sabemos que se está produciendo un cambio en el padrón electoral producto del voto obligatorio, hasta el momento quienes han llegado a la segunda vuelta presidencial lo han hecho con cada vez menos votos (Figura 2). Incluso, en la última elección, se dio por primera vez la particularidad de que el candidato que obtuvo la segunda mayoría en la primera vuelta – el presidente Boric – fue quien finalmente resultó electo en la segunda vuelta.

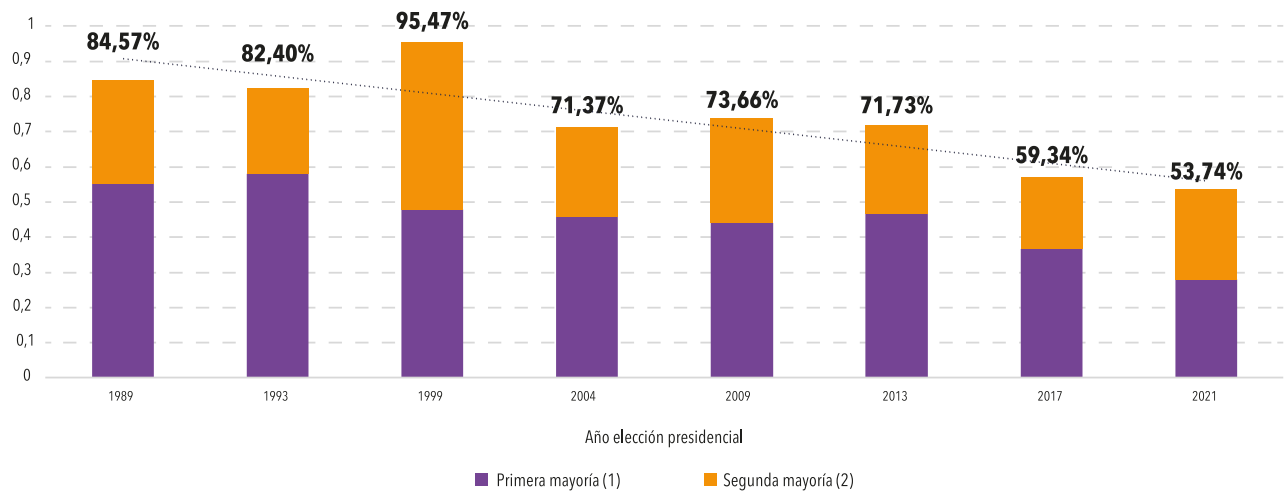
En segundo lugar, es necesario mirar la composición y funcionamiento del Congreso Nacional, donde encontramos lo que podemos denominar un problema de “dobles fragmentaciones”. Por una parte, al año 2021 la Legislatura tenía 21 partidos políticos representados (Figura 3) y, por otra, se ha difundido cada vez el fenómeno del discolaje dentro de los partidos y bancadas parlamentarias. Ya es muy difícil negociar con la gran cantidad de partidos existentes, pero luego además los jefes de bancada no tienen la estructura ni el orden partidario necesario para garantizar los votos una vez obtenidos los acuerdos a nivel de partidos. Así, para un Ministro Secretario General de la Presidencia es extremadamente complejo generar acuerdos y sacar adelante reformas.

Figura 1. Evolución de los porcentajes de aprobación y desaprobación de las figuras presidenciales (1990-2022).



Fuente: Encuesta CEP y Cadem.

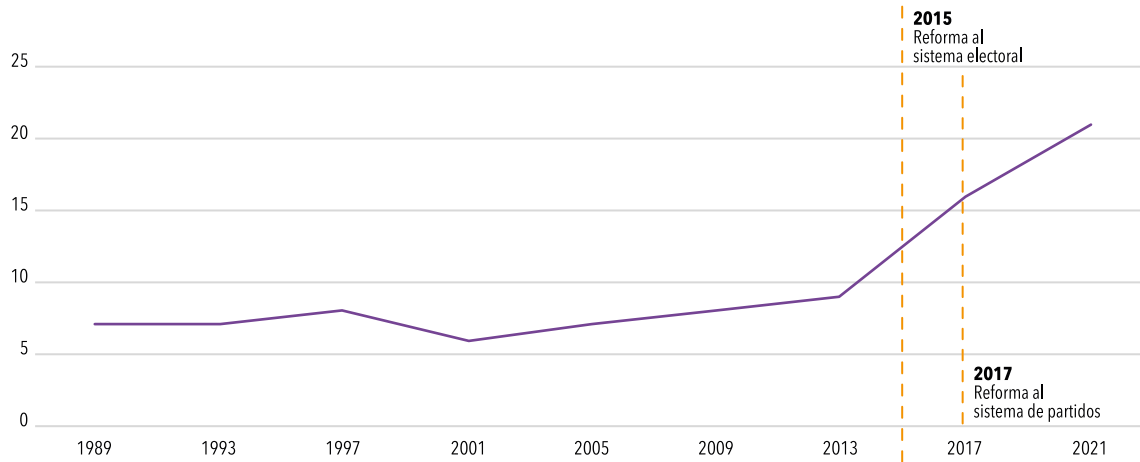
Figura 2. Total votos primera y segunda mayoría en primera vuelta presidencial (1989-2021).



La línea de tendencia está calculada sobre el total de votos.

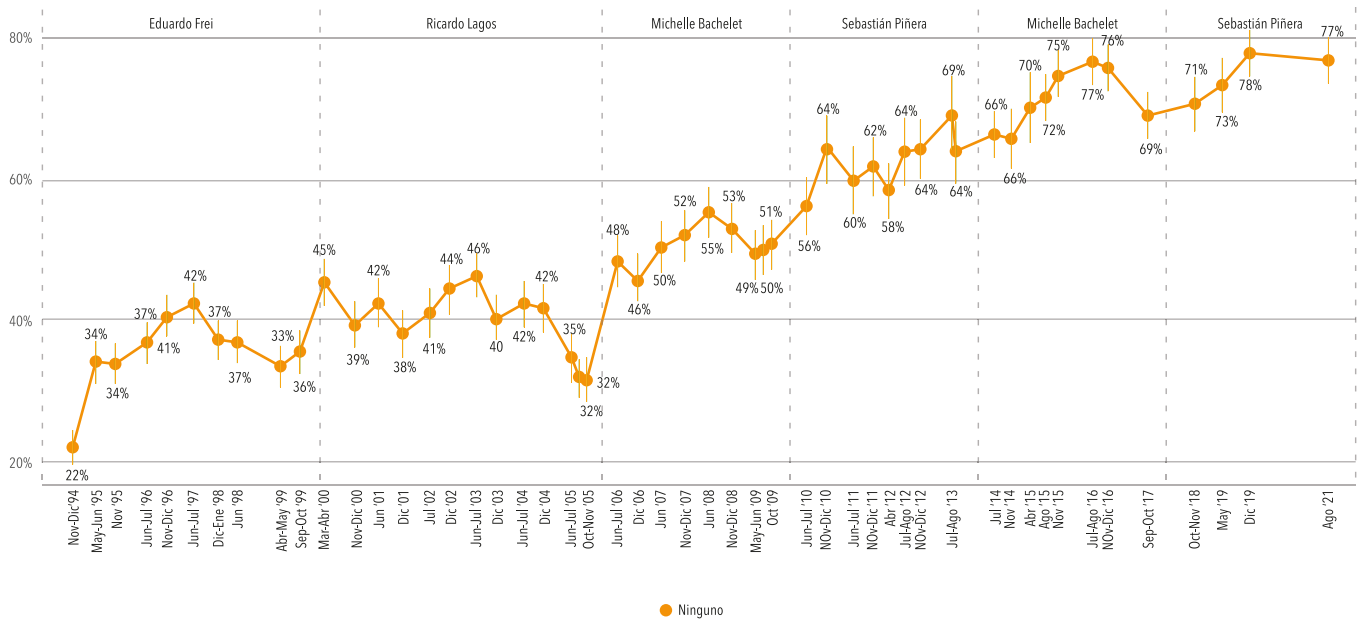
Fuente: Elaboración propia en base al SERVEI

Figura 3. Partidos con representación en la Cámara de Diputados (1989-2021).



Fuente: Elaboración propia en base a Servicio Electoral y Cámara de Diputadas y Diputados.

Figura 4. Total menciones respuesta "ningún partido me representa" (1994-2021).

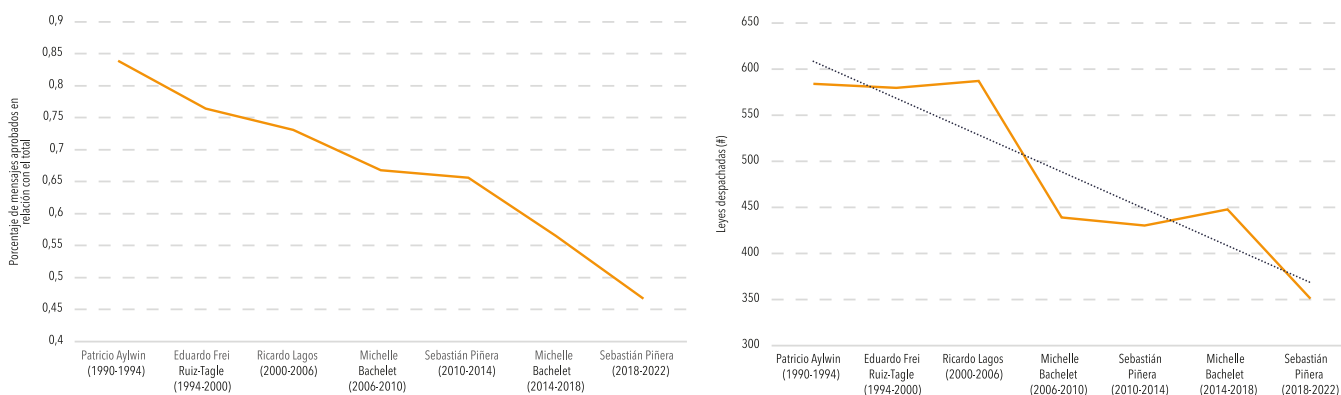


Fuente: Encuesta CEP n° 29-85 (1994-2021).

Si tratamos de entender el origen de estos problemas, básicamente hay que considerar dos cambios sistémicos: uno se refiere al sistema electoral y otro al sistema de partidos. Muchos académicos apuntan en esa dirección y señalan que no se advirtieron los efectos que el tránsito al sistema electoral proporcional iba a tener en la fragmentación dentro del Congreso. Cabe recordar que se cambió el sistema electoral de uno binominal a uno proporcional con el objetivo, en parte, de posibilitar un escenario en el cual las personas sintiesen mayor identidad respecto a las distintas sensibilidades y tendencias políticas. Se buscaba aumentar la oferta política y la representatividad. Sin embargo, ese efecto no se ha conseguido del todo, según lo demuestra que la opción “ningún partido me representa” haya crecido sostenidamente en las encuestas (Figura 4).

Aparte de las presidencias cada vez más débiles y la “doble fragmentación” del Congreso Nacional, existe todavía una tercera dimensión que explica la crisis de nuestro sistema político. Ésta tiene relación con la progresiva ineficacia del sistema para despachar proyectos de ley, ya sea que se inicien en mensajes presidenciales o en mociones parlamentarias (Figura 5). Un ejemplo concreto es lo que ha sucedido con la reforma de pensiones. Llevamos al menos cuatro campañas presidenciales prometiéndole a la ciudadanía, desde todos los sectores políticos, una serie de propuestas para implementar un nuevo sistema de pensiones, que finalmente no son implementadas. Hay un círculo vicioso consistente en que quienes llegan al Ejecutivo envían su proyecto de ley sobre pensiones, pero luego este queda bloqueado en la tramitación legislativa en el Congreso Nacional. Este ciclo lo único que hace es distanciar a la ciudadanía y reiterar la sensación de que los discursos de toda nueva elección presidencial quedarán siempre sin implementarse en la realidad. Algunos trabajos académicos apuntan a que esta situación de ineficacia del sistema político no solo afecta negativamente la confianza a nivel social, sino que también dificulta la adopción de las reformas económicas que el país necesita para seguir creciendo y aumentando la productividad y el dinamismo económico.

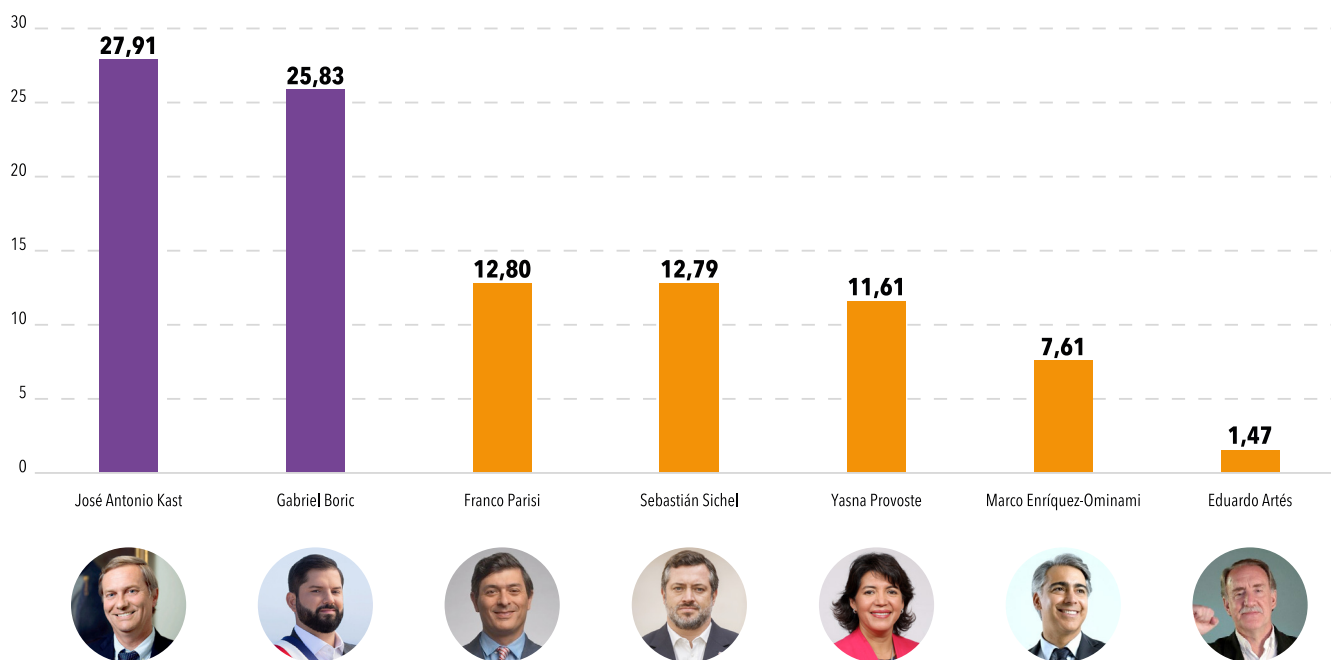
Figura 5. Porcentaje de aprobación de proyectos de ley (1990-2022).



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Senado.

En definitiva, los tres problemas que he descrito dan cuenta de cómo las estructuras de representación formal no están siendo capaces de dar respuesta a la ciudadanía. Sabemos, viendo la experiencia comparada, que esa situación permite la aparición de actores outsiders que, utilizando las estructuras institucionales para llegar al poder, una vez dentro empiezan a desarmarlas. Estos actores pueden ser de distintos colores políticos, orígenes y tradiciones. Sin ir más lejos, esta situación se parece a lo que ocurrió en la primera vuelta de la última elección presidencial en Chile (Figura 6). Ésta tuvo un resultado atomizado en el cual la tercera mayoría fue obtenida por Franco Parisi, un candidato que no estaba en Chile y tenía una demanda por no pago de pensión de alimentos. Es probable que en esa elección un grupo de personas haya votado por Parisi como una forma de protesta en contra de todos los demás candidatos. Esto nos sirve de advertencia para que tomemos conciencia de que la aparición de nuevos *outsiders* está más cerca de lo que pensamos y, por lo tanto, es importante reaccionar con un cierto sentido de urgencia.

Figura 6. Total de votos primera vuelta elección presidencial 2021 (%).



En síntesis, el diagnóstico que he presentado – que es en gran medida compartido por muchos actores – señala tres causas de la crisis de nuestro sistema político: (i) la existencia de figuras presidenciales cada vez más débiles y en minoría parlamentaria; (ii) un escenario de alta fragmentación, por un multipartidismo exacerbado y por la normalización de la indisciplina partidaria asociada al surgimiento de caudillos locales; y (iii) un sistema político cada vez más ineficaz para tramitar proyectos de ley y cumplir las promesas de campaña. Ante esta situación, la ciudadanía toma distancia y disminuye la aprobación del presidente de turno, lo que genera un incentivo a la oposición para bloquear reformas. Dicho en términos coloquiales, el mejor negocio de la oposición es ver fracasar al gobierno de turno, yendo al Congreso a “bloquear, bloquear y bloquear”. Pensemos, por ejemplo, en lo que

ocurrió con la reforma tributaria del gobierno del Presidente Boric o lo que está sucediendo dentro del Consejo Constitucional. Un síntoma adicional es que de las últimas dieciséis elecciones en Latinoamérica, catorce ha sido ganadas por la oposición. Así, el bloqueo se instala como una lógica de corto plazo que, por supuesto, abre muchos incentivos a la amenaza popular y autoritaria.

Ante este diagnóstico, es necesario pensar en los objetivos que debería perseguir una reforma al sistema político, que son distintos a los instrumentos que se utilicen para alcanzarlos (aunque muchas veces se confundan). Existen objetivos que muchos compartimos, tales como la necesidad de avanzar en gobiernos de mayoría, terminar con el bloqueo permanente, fomentar la colaboración entre el Ejecutivo y el Legislativo, reducir la cantidad de partidos en el Congreso Nacional, generar fórmulas para fortalecer el orden interno de los partidos y reducir el discolaje, perfeccionar el sistema electoral y aumentar la participación ciudadana.

Yo me atrevo a señalar que, a nivel de académicos y centros de estudio de distintas tendencias, existe alrededor de un 80% de nivel de acuerdo respecto a los objetivos que mencioné, mientras que las diferencias surgen al momento de analizar los instrumentos. Así, quiero resaltar que, hoy en día, el problema de la reforma al sistema no es técnico, sino que político. Si existiera una mesa con un grupo transversal de técnicos designados por los actores políticos (como ocurrió en la Comisión Experta del proceso constitucional), probablemente se llegaría a soluciones que, aunque no serían perfectas, corregirían muchos de los problemas que hemos hablado. Sin embargo, la gran dificultad es que los actores políticos actuales no tienen ningún incentivo para cambiar el sistema ni llevar adelante las reformas necesarias para mejorarlo.

Una vez definidos los objetivos de reforma, me gustaría aportar algunas ideas respecto a los instrumentos que podemos usar para alcanzarlos, muchos de los cuales fueron incorporados al anteproyecto constitucional elaborado por la Comisión Experta:

- Para la facilitar la formación de mayorías parlamentarias, una medida es que la segunda vuelta presidencial se realice junto con las elecciones parlamentarias.
- Para fomentar la colaboración entre el Ejecutivo y Legislativo, es necesario reconfigurar las urgencias presidenciales para la tramitación legislativa (que sabemos han perdido su eficacia en la práctica) y rescatar la estructura de la "agenda prioritaria".
- Para disminuir la fragmentación en el Congreso Nacional, una alternativa es implementar un umbral del 5% de la votación nacional para que los partidos obtengan escaños parlamentarios. En todo caso, es necesario evitar que las reglas alternativas al umbral, consistentes en la obtención de un cierto número mínimo de escaños y la posibilidad de constituir federaciones de partidos, sean tan laxas que en la práctica hagan irrelevante al umbral.
- Para disminuir el discolaje y los caudillismos, una medida bastante dura es la pérdida de escaño por la renuncia a un partido político. También existen otras medidas de segundo orden destinadas a fortalecer el orden partidario.
- El perfeccionamiento del sistema electoral pasa por actualizarlo mediante la morigeración de su carácter excesivamente proporcional, que contribuye a la fragmentación del Congreso Nacional.

- Respecto a la participación ciudadana, es necesario implementar nuevos mecanismos que fomente la conexión entre la política y la ciudadanía. Algunas alternativas son los plebiscitos y consultas comunales, las iniciativas populares de ley, los foros deliberativos y el referéndum derogatorio de ley.
- En el ámbito de la reducción de la fragmentación, existen medidas que me parecen son más debatibles. En particular, se encuentra la implementación de listas electorales cerradas, la eliminación de los pactos electorales y la eventual disminución de la magnitud de los distritos.
- Otros ámbitos discutidos del diseño del sistema político son la implementación de la paridad de género, de los escaños reservados para pueblos indígenas y la existencia de un distrito en el extranjero.

Para finalizar, me gustaría referirme a una pregunta contenida en la encuesta CADEM de marzo del presente año, relativa a la aprobación ciudadana de distintos presidentes extranjeros. Es especialmente llamativo que en las respuestas el presidente con mayor aprobación fue Nayib Bukele, Presidente de El Salvador, que fue calificado con nota "excelente" por un 67% de los encuestados⁹. Ante esto, creo que es muy importante tomar consciencia de que estamos enfrentándonos a un problema que no es técnico, sino que es muy concreto y que puede afectar la vida de los chilenos y el futuro de nuestra democracia. En todo el mundo la democracia está en jaque, y nuestro país no es la excepción. Si no nos tomamos en serio los datos que les acabo de presentar, me parece que estaremos atentando, lamentablemente, contra el futuro de nuestra democracia.

NO SE CONSIGUE GOBERNABILIDAD SIN FORTALECER LOS LAZOS DE REPRESENTACIÓN

JULIETA SUÁREZ-CAO

Me es imposible no estar de acuerdo con las presentaciones anteriores. Coincido en gran medida con el diagnóstico de los problemas de nuestro sistema político expuesto por Hernán Larraín. Debo señalar que, desde mi posición, veo muy difícil que en las condiciones actuales se lleve a cabo ninguna reforma sustantiva al sistema, por lo que debemos centrarnos en implementar cambios marginales que ejerzan cierto grado de impacto positivo en el largo plazo. Sin embargo, estoy en desacuerdo con la idea de que atacando los síntomas, atacemos la enfermedad. En efecto, el problema principal en Chile sigue siendo la crisis de representación política. En este sentido, me acerco a lo que decía Jennifer Pribble en su exposición y a lo que fue afirmado en su momento por David Altman y Juan Pablo Luna en un famoso artículo¹⁰, en el sentido de poner el acento en que los partidos políticos chilenos se encuentran desenraizados de la ciudadanía. Nos encontramos frente a una crisis de representación crónica que, por lo además, es mundial y no exclusiva de Chile. Así, la crisis aguda de gobernabilidad que vivimos en estos tiempos es producto de una crisis crónica de representación. Una de mis principales preocupaciones es que se acuda al uso de cualquier medida que pretenda atacar la ingobernabilidad cuando, en definitiva, el problema de gobernabilidad debiese tener en cuenta el conflicto previo y más importante, que es el problema de representación. Me inclino a pensar que dichas medidas están llamadas al fracaso, ya que acabarán profundizando la crisis de representación.

⁹ CADEM (2023).

¹⁰ Luna y Altman (2011).

En mi opinión, es lamentable que las reformas electorales que han circulado en los últimos años no asuman este diagnóstico de falta de representatividad. Por ejemplo, aunque reconozco que la fragmentación actualmente tiene un impacto negativo sobre la gobernabilidad de Chile, me parece que el problema no es la fragmentación *per se*. En efecto, si analizamos otros países en los que existen muchos partidos políticos, podemos ver que ello no conlleva necesariamente un problema de gobernabilidad. En la medida que los partidos realmente representen a la ciudadanía, tengan lazos fuertes con el electorado, sean relativamente jerárquicos, organizados, con liderazgos legítimos y legitimados por la ciudadanía, es factible que lleguen a acuerdos y generen consensos. Tal es el caso, por ejemplo, de los Países Bajos. Por otra parte, si nos ponemos en el escenario opuesto – pocos partidos, con baja representatividad y sin liderazgos legitimados – los consensos a los que arriben tampoco serán útiles para la ciudadanía, dado que no serían percibidos como avances en función del interés general y el bien común.

Por otra parte, en mi opinión, la fragmentación en Chile no es producto del sistema electoral. La proporcionalidad del sistema electoral chileno es muy baja, tal como lo demuestra el indicador más fuerte de la proporcionalidad, que es el tamaño de los distritos. En Chile, los distritos son mayoritariamente chicos. Los mayores son de ocho representantes, lo que la literatura especializada no calificaría como grandes. Siguiendo esta idea, creo que atacar el sistema electoral no es adecuado. Me parece equivocada la idea que está discutiendo el Consejo Constitucional, en el sentido de disminuir el tamaño de los distritos a trinominales, lo cual se acerca peligrosamente al sistema binominal que tanto costó dejar atrás. Si bien esta propuesta permitiría atacar uno de los síntomas de deterioro de nuestro sistema político, empeoraría la enfermedad de base, que es la falta de representatividad.

Considerando lo anterior, ¿cuáles son las cosas pequeñas que podrían reformarse y que tener un impacto positivo en la fragmentación y, aún más importante, en la representación? A mí modo de ver, hay tres elementos. El primero, es terminar con las listas electorales abiertas y el voto por candidaturas individuales. Este sistema es muy oscuro para la ciudadanía, para la que es muy difícil entender cómo su voto se transforma en un escaño. Así es como surgen en la opinión pública las discusiones en torno a los “arrastres” de una candidata o candidato a otros con menor votación. Lo que ocurre es que es muy difícil explicarle a las personas que, aunque en el voto aparezcan nombres y apellidos concretos, en realidad los escaños son asignados por listas electorales. En definitiva, lo que ocurre es que el voto por una persona determinada en realidad es un voto por otras personas de la lista. Esta complejidad de funcionamiento genera un oscurecimiento del mecanismo que, en definitiva, deriva en una sospecha ante situaciones en que una persona con más votos no resultó electa. Asimismo, el sistema actual tiene como consecuencia la personalización de la política y el debilitamiento de los lazos de los partidos. Sólo así se entiende que tengamos al mismo tiempo un gobierno de izquierda y un Congreso Nacional con mayoría de derecha. Por lo tanto, la combinación de listas abiertas y voto por candidatura es algo que requiere ser reformado. Esto se viene proponiendo al menos desde 2015, cuando discutíamos en torno a las cuotas de género. Comúnmente se suele contra argumentar que el voto por candidaturas es parte de la tradición política chilena y que, por tanto, no corresponde modificarlo. Me parece que esa no es una razón suficientemente contundente. Si la cultura no funciona – o, como diría el feminismo, oprime – entonces es necesario trabajar para cambiarla.

Un segundo elemento se refiere a las candidaturas de independientes. Me parece que luego de la experiencia de la Convención Constitucional ya podemos estar de acuerdo en que las candidaturas independientes son un problema, ya sea que estén asociadas a pactos o como candidaturas independientes en general. Tenemos que recordar que cuando discutíamos sobre estos temas entre los años 2010 a 2015, pensábamos que las candidaturas independientes eran algo positivo porque iban a venir a “oxigenar” la política. Detrás de ello había una valoración

positiva del pragmatismo por sobre la ideología. Sin embargo, el tiempo nos demostró que esos presupuestos no se sostienen en la práctica. Si queremos partidos más fuertes – que, como decía Jennifer Pribble en su exposición, puedan lograr conectar la ciudadanía con las instituciones representativas – necesitamos candidatas y candidatos de partidos políticos. Ello permite que, al votar, seamos conscientes de que todas las personas de la lista de nuestro candidato comparten las mismas ideas y votarán de forma similar en sus cargos parlamentarios, porque comparten similares intereses y valores básicos que son reconocibles para la ciudadanía.

Finalmente, un tercer elemento que requiere reformas se refiere a las coaliciones preelectorales. Éstas tienen un efecto significativo en la fragmentación, dado que generan incentivos para crear nuevos partidos políticos – comúnmente pequeños – que luego se suman a una coalición más grande con el objetivo de sumar votos. Así, la fragmentación no se da en la primera aplicación del D'Hondt – es decir, no responde al tamaño del distrito – sino que se da a partir de la segunda aplicación del sistema, que ocurre al interior de las listas. Las listas terminan agrupando demasiados partidos políticos que, salvo raras excepciones, no son distinguibles para la ciudadanía, la que en definitiva termina votando por los nombres de las personas candidatas.

En definitiva, estoy de acuerdo con que la fragmentación es un problema, pero no creo que reducir el tamaño de los distritos electorales ni aplicar un umbral mínimo de votación vayan a solucionar el problema. Es más, creo que achicar los distritos podría agudizar aún más la crisis de representación, mientras que el umbral va a contribuir a seguir oscureciendo la “caja negra” del funcionamiento del sistema electoral para la ciudadanía. En otras palabras, aunque concuerdo con gran parte de los diagnósticos expuestos en este seminario, no estoy de acuerdo con los mecanismos de solución propuestos, ya que me parece que van en detrimento de la posibilidad de formar partidos fuertes, coherentes y disciplinados que sean capaces de representar a la ciudadanía y articular la obtención de consensos.

Como ya he señalado, creo que la dificultad de generar mayorías no está dada por la cantidad de partidos existentes, sino que por la falta de representatividad y coherencia interna de los partidos. La razón de ello es la personalización del voto y la pérdida del carácter programático de los partidos. Como ya señalé, si tuviéramos un número grande de partidos políticos, pero estos efectivamente lograran representar a la ciudadanía y mantener una cierta disciplina o coherencia interna, entonces sería posible llegar a acuerdos de manera rápida y con efectos mucho más duraderos y legítimos. En cambio, si tenemos pocos partidos con baja representatividad y basados en liderazgos personales, entonces los acuerdos que se logren no contarán con suficiente legitimidad ciudadana. Por otro lado, concuerdo con lo que se ha comentado previamente en este seminario acerca del riesgo de la amenaza populista. A estas alturas, sabemos que esa amenaza va a venir, pero todavía no estamos seguros sobre desde qué sector político lo hará. Me parece que la personalización de la política incentiva el surgimiento de liderazgos populistas, que se presenten ante la ciudadanía como “salvadores”. Hay que señalar en todo caso que, aunque en Chile existe una desconfianza en los partidos políticos que es herencia de la dictadura, éste es un fenómeno global que trasciende a este país.

Ante esta situación, me parece que hay algunas reformas que podemos impulsar. Una de ellas es transitar hacia un sistema de listas electorales cerradas que, aparte de fomentar el carácter programático de los partidos y desincentivar los personalismos, permite implementar mecanismos de paridad de género. Además, creo que es importante movernos hacia distritos electorales más grandes. Podemos tomar aprendizajes del sistema electoral alemán, tal como lo hicimos en la propuesta que preparamos en Espacio Público junto a Javier Sajuria, Verónica

Undurraga y Gabriel Ortiz¹¹. En particular, yo pienso que debemos implementar distritos uninominales, pero que no sean electos en mayoría relativa como se hace en Alemania, sino que más bien siguiendo al sistema australiano. Ello tendría el efecto de generar incentivos para que ganen candidaturas moderadas. Si en ese escenario además se cierran las listas electorales, se podría implementar un umbral del 5%. Éste no generaría las distorsiones que generaría si se implementara en el sistema actual, dado que el umbral se aplicaría a la lista, y todos esos votos se retirarían del conteo.

En definitiva, creo que la tensión entre gobernabilidad y representación está siempre presente, por lo que debemos tomar una decisión política sobre qué es lo que queremos atacar primero. Tengo la impresión de que, en el caso particular de Chile, la crisis de gobernabilidad es una herencia directa de la crisis de representación. Por ende, si nos abocamos al problema de la gobernabilidad sin antes repensar la manera en que vamos a reconstruir los lazos representativos, estaremos “poniendo la carreta adelante del caballo” y no lograremos construir organizaciones políticas conectadas con la ciudadanía.

¹¹ Ortiz, Sajuria Garcés, Suárez-Cao y Undurraga (2021).

PALABRAS DE CIERRE

SARAH HEROLD, DIRECTORA DE PROYECTOS DE LA FRIEDRICH-EBERT-STIFTUNG (FES) EN CHILE¹²

Hay varias reflexiones que me surgen en base de los insumos de este seminario, tanto como puntos a considerar desde otras experiencias como también a modo de conclusión. La crisis de representación que vive Chile se enmarca en una tendencia global donde la democracia representativa parece haber perdido su legitimidad y su capacidad de representar los intereses de la ciudadanía e implementar políticas públicas que responden a sus necesidades, incluso las más básicas. De las intervenciones me parece importante destacar quienes serían las y los responsables de abordar esta crisis. Mientras hablamos de algunos aspectos del diseño institucional que impacta en la eficacia del sistema político y su gobernabilidad, finalmente quienes tienen que comprometerse con la democracia como prioridad compartida a través de todos (o casi todos) los sectores políticos son, por un lado, los partidos y las élites políticas, y por otro lado la sociedad civil.

Hay una característica de las democracias representativas que hace que los partidos políticos, en vez de pensar e implementar estrategias de largo plazo para abordar los desafíos que enfrenta el país y quienes viven en él, se guíen por el objetivo cortoplacista de ganar las próximas elecciones. Como mencionó Hernán, este objetivo a corto plazo de máximo unos años genera incentivos de bloquear y hacer fracasar al gobierno de turno con el fin de ganar las próximas elecciones, sin mayor consideración por el impacto que tiene en la ciudadanía y en la democracia. Este tipo de pensamiento se hace más fácil al estar ante un panorama de partidos políticos que siguen siendo mayoritariamente elitistas o desenraizados, como lo puso Julieta, es decir, les falta trabajo en terreno y un vínculo constante con la ciudadanía para estar conectados con sus realidades y generar respuestas reales a sus necesidades.

Es entonces responsabilidad y un llamado a los partidos políticos de invertir en objetivos de largo plazo, como lo es la construcción de partidos fuertes con conexión con sus bases y trabajo en terreno para fomentar la participación democrática desde las instancias más locales hasta las elecciones nacionales. Quiero destacar ahí el punto hecho por Jennifer Pribble, que igualmente esto tiene que ir de la mano de un esfuerzo desde la sociedad civil de entrar en conversaciones con el mundo político y jugar un rol de conexión con la sociedad más amplia y como fiscalizador. En el panorama actual de profunda desconfianza hacia la clase política esta demanda, aunque sensata, se complejiza. El nivel de deslegitimación de los actores políticos es tan alto que para muchas organizaciones de la sociedad civil, y para las comunidades con las que trabajan, casi no es opción o por lo menos tienen reservas ante la petición de entrar en un diálogo con Ejecutivo y Legislativo.

¹² Sarah Herold estudió Ciencia Política y Relaciones Internacionales en el University College Maastricht (UCM) en la Universidad de Maastricht, Países Bajos, y tiene un Master en Peace and Development Work en la Linnaeus University, Suecia, en la Escuela de Ciencias Sociales, cuya tesis se refirió a la representación sustantiva de las mujeres en Chile. Es encargada de comunicaciones y coordinadora de proyectos a cargo del proyecto regional FESminismos en la Fundación Friedrich Ebert (FES) en Chile. Formó parte del equipo del proyecto 'Mujeres al Poder' y es parte de la Red de Polítologas.

Para ganar un nivel básico de confianza ciudadana es clave que los partidos inviertan tiempo y recursos en su presencia en los barrios del país, para construir un programa con y para la ciudadanía. Esto parece más importante que medidas como la imposición de un umbral para la entrada al Congreso que, como dice Julieta, disminuye la representación en el Congreso pero no necesariamente resuelve el nivel de competencia electoral y la polarización y radicalización que se genera a base de esta competencia.

La propuesta de un umbral del 5% puede resolver la fragmentación en el Congreso pero, al existir más de 20 partidos actualmente, el voto seguiría disperso y esto generaría otros cuestionamientos de representatividad. Revisando el caso de las últimas elecciones hubieran entrado solo seis partidos si el umbral hubiera sido del 5%. En Alemania, donde esta regla existe desde la vuelta a la democracia, se cuestiona regularmente cuando algún partido no entra por poco en algún parlamento federal o también a nivel nacional. Si un partido saca por ejemplo un 4,5%, entonces surge la pregunta si es democrático que todos estos votos no tengan representación alguna después en el Congreso. En Chile hay partidos que no están constituidos en todas las regiones porque también no tienen la capacidad de levantar tantas candidaturas. Apuestan por entrar al Congreso a través de algunas candidaturas fuertes para superar el umbral de los cuatro parlamentarios. Tanto esta como otras fórmulas abordan problemas, pero al mismo tiempo abren también otras interrogantes.

Lo que más quiero destacar es que es que tanto en Chile como en otros países es urgente encontrar un camino hacia reformas y políticas sociales que son necesarias. En todo el mundo las dinámicas de bloqueo y de actuar según una mirada cortoplacista con los ojos puestos en las próximas elecciones han resultado en el surgimiento de actores políticos populistas, autoritarios y sin compromiso democrático. Permitir que la competencia electoral domine las consideraciones del día a día de la política ha llevado a una ciudadanía que ve a la clase política como algo distante, con poco conocimiento y poca voluntad de abordar sus demandas. En Chile es muy fuerte ver cómo ni el nivel de movilización que se dio en el estallido social hace ya cuatro años atrás parece haber cambiado esta dinámica y desconexión. Si no se pone la semilla para lograr una mayor conexión, para generar agendas y respuestas que realmente representen a la ciudadanía, tenemos que tener claro que la democracia se pone en riesgo y que llegará un punto sin retorno, ya que el trabajo territorial político no es algo que se podrá lograr a corto plazo cuando ya hay una dominación por parte de fuerzas que no tienen interés en mantener la institucionalidad democrática. Se ve en Alemania que incluso si se lograra construir un 'cerco sanitario' ante los sectores políticos antidemocráticos, mientras las falencias del sistema y de la élite política sigan contribuyendo a generar votos y adherentes de estos sectores en la población, habrá siempre la tentación para los demás partidos de acercar algunas posiciones a los discursos de estos partidos populistas y autoritarios en la esperanza de ganar votos. Ello finalmente termina legitimando discursos y políticas cada vez más autoritarios, discriminatorios y antidemocráticos. Por ello es clave llegar a acuerdos y buscar el diálogo con la ciudadanía para superar de a poco y con la conciencia de que es un trabajo de largo aliento, la crisis de representación y actuar según los intereses de la ciudadanía y no según lo que cada partido considera podría ganarles un par de votos más en las próximas elecciones. En Chile se plantea la gran tarea de democratizar el sistema político y generar más y mejores instancias de participación ciudadana en todos los niveles, partiendo desde lo local. Si no, el futuro es incierto y abordar la crisis se hará cada vez más complejo.

JAVIER SAJURIA, DIRECTOR DE ESPACIO PÚBLICO¹³

Tengo el agrado de despedirlos y compartirles una pequeña reflexión. En Espacio Público hemos trabajado temas relacionados al sistema político hace varios años, incluyendo la propuesta de sistema electoral que ya ha sido mencionada anteriormente en este seminario¹⁴. Sin embargo, desde la fecha de publicación de esa propuesta se han abierto nuevas discusiones. Tengo la impresión de que estamos ante un dilema muy grande, que se ha incrementado con los sucesivos procesos constituyentes. Tal como señaló Hernán Larraín en su exposición, durante el último tiempo se han sincerado los incentivos de los actores políticos y ha quedado de manifiesto cuáles son las reales posibilidades de cambio en el país. Quienes trabajamos en la academia y tratamos de generar conocimiento y propuestas desde ese lugar, no podemos sino sentir frustración ante los nuevos escenarios que se han ido evidenciando. En ese sentido, comparto la sensación expresada por Julieta Suárez-Cao en su exposición, en el sentido de que el momento de los grandes cambios – si es que hubo en realidad alguno– ya pasó.

Más allá de lo anterior, me quedo con dos preocupaciones que les quiero compartir. Primero, que cuando hablamos de crisis de representación, nos referimos a que la ciudadanía en Chile se ha ido acostumbrando a la idea de que los gobiernos son incapaces de llevar adelante sus programas y promesas de campaña por los que son electos. Y hemos visto como, a nivel comparado, ante la incapacidad del sistema político de cumplir las expectativas que ofrece la democracia, surge el fenómeno del populismo. Este es un problema muy grande y que atraviesa a todo el sistema. En la medida que las personas votan por opciones políticas que no son capaces de sacar adelante sus propuestas, se debilita también la capacidad de escucha de los actores políticos. En efecto, las elecciones se convierten en procesos centrados en los perfiles de los candidatos y no a su capacidad para gobernar. Los candidatos saben que llegar al gobierno no implica necesariamente ejecutar cambios, sino que simplemente administrar una cuota de poder.

En segundo lugar, ¿por qué las élites parecieran no darse cuenta de este problema? Ya escuchamos la frustración de Hernán Larraín al mencionar la falta de capacidad de escucha de muchos dirigentes ante las voces que piden no seguir extremando posiciones. Algo parecido sentimos quienes trabajamos estos temas desde el punto de vista comparativo, que nos permite ver de forma más general el desarrollo e impactos de las posturas políticas más extremas. Recuerdo cuando, hace algunos años y en el marco de la discusión sobre la implementación del voto voluntario, escuchábamos con desazón cómo algunos de quienes se oponían a la medida culpaban a la ciudadanía de la falta de participación y le asignaban toda la responsabilidad política al votante. Así, en vez de que las élites asuman su responsabilidad ante el problema de la baja participación, hemos visto como éstas han arrastrado el problema hasta el punto de quiebre.

¹³ Javier Sajuria es abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Doctor en Ciencia Política y MSc in Democracy and Democratisation de University College London (Reino Unido). Es *Reader* (Profesor Asociado) en Política Comparada en la School of Politics and International Relations, Queen Mary University of London (Reino Unido), y director de Espacio Público. Ha publicado trabajos sobre populismo y desinformación, preferencias electorales por candidaturas locales, comportamiento y preferencias de militantes de partidos, formación de capital social en internet, entre otros temas. Es editor en jefe de la revista académica *Politics*.

¹⁴ Ortiz, Sajuria Garcés, Suárez-Cao y Undurraga (2021).

En ese sentido, yo pensé que lo vivido durante el año 2019 iba a marcar un nuevo momento en el cual las élites escucharían de verdad a la ciudadanía. Lamentablemente, parece que no lo han hecho. Una vez que pasó la tormenta, los incentivos se encuentran en mantener las cosas tal como están, sin generar grandes cambios ni volver a pensar en reformas significativas. El problema de todo esto es que las razones por las cuales el país salió a las calles hace cuatro años permanecen ahí, e incluso se han agudizado. En la línea de lo planteado por Jennifer Pribble, es probable que las condiciones para generar políticas universales de hecho hayan empeorado en estos últimos años.

Aunque me gustaría terminar esta intervención con una nota más optimista, no puedo sino expresar que nos quedamos con una sensación un tanto amarga en Espacio Público y en las demás organizaciones de la sociedad civil que hemos estado discutiendo incesantemente estos temas durante los últimos cinco años. Lamentablemente, se nos confirma la impresión de que hay una élite política en Chile que es incapaz o no está interesada en escuchar. Tal como advertía Hernán Larraín, esa falta de apertura puede acarrear problemas importantes para nuestra sostenibilidad democrática.

En nombre de Espacio Público, quiero agradecer especialmente a la Friedrich-Ebert-Stiftung por su colaboración en la organización de este seminario. Y muchas gracias también a todos los asistentes, a quienes se han conectado vía *streaming* y, en particular, a los tres expositores de este seminario. Esperamos que los debates de hoy puedan a para no perder la esperanza y continuar ocupándonos de las urgencias de nuestro sistema político.

REFERENCIAS

CADEM (2023), "Plaza Pública: marzo de 2023". Disponible en: <https://cadem.cl/plaza-publica/>

Centro de Estudios Públicos (1995-2023), "Encuestas Nacionales de Opinión Pública". Disponibles en: <https://www.cepchile.cl/opinion-publica/encuesta-cep/>

García-Huidobro, E. y Sierra, L. (eds.) (2022), *Diez miradas sobre el sistema de gobierno: Diagnóstico y propuestas para la nueva Constitución*, Santiago, Hueders-CEP.

Luna, J.P. and Altman, D. (2011), Uprooted but Stable: Chilean Parties and the Concept of Party System Institutionalization. *Latin American Politics and Society*, 53: 1-28. <https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2011.00115.x>

Ortiz, G., Sajuria, J., Suárez-Cao, J. y Undurraga, V. (2021), "Un sistema electoral mixto, proporcional, paritario y con representación de los pueblos originarios". Disponible en: https://espaciopublico.cl/nuestro_trabajo/un-sistema-electoral-mixto-proporcional-paritario-y-con-representacion-de-pueblos-originarios/

Pribble, J. (2017) *Partidos políticos y estado de bienestar en América Latina*, Ciudad de México, Miño y Dávila Editores.

FRIEDRICH
EBERT 
STIFTUNG

 ESPACIO
PÚBLICO